

Altenor Guerrero

## Región de poesía



NINGUNA zona geográfica de Chile, en los últimos decenios, ha dado al país más poetas que Cautín, la llamada provincia triguera. Una magnífica floración de vates ha surgido de estas landas ubérrimas que ha enriquecido en buena manera nuestro parnaso nacional. Temuco, la capital de la madera, en sus instituciones culturales vió pasar muchos de los valores poéticos en tránsito hacia Santiago. Su liceo es uno de los planteles del país que cuenta con más ex alumnos poetas y de los cuales se enorgullece con justa razón. ¿Qué causa telúrica, qué influjo misterioso de honda poesía abona la aparición de una pléyade escogida de creadores? Acaso el paisaje de riqueza inusitada se cuente entre los antecedentes causales. La verdura y el agua, poderosos bosques y ríos anchurosos, cobran en esta región la esplendente belleza que embruja el corazón y que hace brotar del fondo del espíritu la obra alentada en purísimo arte. Porque todos los poetas nacidos acá, o casi todos, han vuelto los ojos de su inspiración al paisaje y de él han extraído la augusta savia que ha enriquecido su lírica. El árbol y el agua han sido verdaderos personajes en la obra poética de los escritores de Cautín. Espigar en sus poemas es entrar a una geografía de vitales elementos que infunde una sensación de cósmica salud. No es

de extrañarse del aporte de vigorosas raíces primordiales que la poesía sureña vació en el caudal general de la poesía chilena con la juventud torrencial de sus inéditos filones de riqueza sensorial y afectiva. Por otra parte, es aquí, en la Araucanía, donde tiene su origen la gesta del indígena con el español que da como resultado, en nuestra poesía, la aparición de «La Araucana» y «Arauco domado», primeros pilares del parnaso chileno. Cautín, entonces, podría perfectamente arrogarse el privilegio de ser la cuna de la poesía chilena y refrendar este honor, en la actualidad, con la entrega de una generación de hijos poetas que bien pudiera pasar como la más granada y valiosa. Y si no se cree veamos.

Aunque Pablo Neruda entró al mundo por Parral, es temuquense por los cuatro costados. O más bien, cautinense. Su poesía alienta los aires, el sabor y el olor de esta tierra. Desde «Crepusculario», libro de adolescencia, hasta «Canto General de Chile», Pablo Neruda ha cantado a su terrazgo con vigoroso y renovado amor. En filial unción poética el laureado escritor nacional ha dejado impresa en definitivos poemas la imagen de sus valles y ríos, de sus árboles, el aliento vegetal de sus comarcas vírgenes, la costa, el mar. Aunque su pie viajero hollara lejanos países del orbe siempre una llama de cordial remembranza se mantenía viva en su pecho de habitante de la lluvia. Y son nombres nuestros los que se agolpan en su corazón emocionado. Dice, por ejemplo, en su poema «Quiero volver al sur»:

«Enfermo en Veracruz, recuerdo un día  
del sur; mi tierra, un día de plata  
como un rápido pez en el agua del cielo.  
Loncoche, Lonquimay, Carahue, desde arriba  
esparcidos, rodeado por silencio y raíces,  
sentados en sus troncos de cuero y maderas».

Es necesario reconocer que Neruda es, hoy por hoy, una de las voces altas de la poesía de habla hispana. Ha llevado el nombre de Chile y, por ende, de su región natal, por los cuatro puntos cardinales del mundo. Recordemos el homenaje que le rindieron los poetas de la generación de García Lorca en España y que lo firmaron nombres de la talla de Rafael Alberti, Vicente Aleixandre, León Felipe, Gerardo Diego, Pedro Salinas, etc. Agreguemos que en nuestro país fué agraciado con el Premio Nacional de Literatura, amén de reiterados homenajes americanos que lo sindicaron capitán de poesía, director de vanguardia en el movimiento poético de nuestro tiempo. Además sus libros han sido traducidos al ruso, al francés, etc. Es indudable que Cautín cobra singular importancia intelectual con el nombre de Neruda a la cabeza. Pero habría que agregar otros que no le van en zaga. Ahí tenemos el no menos valioso de Juvencio Valle, nacido en Imperial y que con sus libros, «La Flauta del hombre Pan», «Tratado del bosque», «Libro primero de Margarita» y «Nimbo de piedra», ha asentado un prestigio de relieves continentales. Admira en este poeta la originalidad con que expresa sus finas intuiciones. «Poeta vegetal» le llamó Aldunate Phillips en un documentado estudio que hizo sobre su poética. Sin el vigor de Neruda ni aquel acento social que suele debilitar la poesía, Juvencio Valle nos da una versión nueva y pintoresca del paisaje sureño. Es como si el poeta estuviera en comunicación con los genios del bosque y observara los más recónditos secretos de la savia, el brote o el cáliz. Premunido de las vitales armas del guardabosques, este poeta se constituye en el fino glosador de las aventuras, conciliábulos, apariciones mágicas y revelaciones de nuestra selva umbrosa y rica. Quien lee un poema de Juvencio Valle sale fortificado y lleno de sanidad, eufórico y empapado del optimismo de mejor ley. Trajo a la poesía chilena nuestro poeta un aliento de pánica salud y original sentido de la vida: ese



pagano relumbro griego. Dice en un poema de su libro «Tratado del Bosque»:

«Bailen, bailen los bosques cruzados de banderas  
apresuren las frondas su corpiño de hilachas;  
dé sus sabios preceptos el pecíolo de oro,  
y el arroyuelo arquee su espinazo de plata.  
Abajo salten sapos sobre las hojas secas,  
vuele arriba la fiesta de las copas borrachas».

Juvencio Valle, cuando la guerra civil española, viajó a la península y convivió con poetas y escritores dando a conocer sus excelentes dotes poéticas. Neruda ha dicho que es el mejor poeta chileno de la actualidad, dejando para sí el título de más grande poeta americano. Por el libro «Nimbo de piedra», Valle obtuvo el premio del Cuarto Centenario de Santiago, en el género.

Otro valor indiscutible de nuestra poesía y que ha tenido filial ligazón con Cautín, es Julio Barrenechea. Este poeta pasó su infancia en la pequeña ciudad de Loncoche y su poesía está impregnada de bellas reminiscencias sureñas, privativas del suelo que vio acontecer sus juegos de niño. Es autor de «El mitin de las mariposas», «Espejo del sueño», «Rumor del mundo», «Mi ciudad» y un nuevo libro que editó siendo Embajador en Colombia. Su poética, en sus primeros libros, es un lúdico florecimiento de impresiones en las que se mezcla la evocación de nuestro paisaje a un ingenio de clara luz. El poeta parece esgrimir a cada momento la varilla mágica de su inteligencia y crear amables miniaturas donde resplandece la flor de un fresco e inquieto jardín de juguetería. La intrascendencia de su etapa augural hicieron pensar en el agotamiento fácil de esta cuerda simpática y superficial. En efecto, el poeta desde «Rumor del mundo», empieza una tarea más seria y honda, volcando su preocupación en temas que enraízan con serena y gra-

ve profundidad en el tiempo, la muerte, la soledad y la tristeza. Su ductilidad formal le permite caminar por estos predios con pie seguro, graduando sabiamente la emoción que lo conduce a una suerte de clasicismo poco común en nuestros poetas. Sus cantos adquieren la solidez integral de la obra alentada de permanencia y serenidad. Pero, veamos la razón de por qué lo estimamos como un hijo poético de Cautín. Ya decíamos que su infancia había transcurrido en la pueblerina quietud de Loncoche: el propio poeta afirma en su poema «Guitarra de Collipulli»: «aquí están mis raíces porque mi madre crecía junto al árbol de las guitarras». Collipulli cae bajo la influencia económica e intelectual de Temuco, que es el centro solar de una gran cuenca de pueblos o ciudades del sur de Chile. Por otra parte el poeta se inspira en nuestro paisaje para dar consistencia a su canto, teniendo muchos motivos intrínsecamente inspirados en la región. Una breve muestra:

«Entre el río Imperial y el cielo de aguas,  
como alba organizada en zona oscura,  
venciendo al barro de arrugada cara  
abre su blanca flor de arquitectura.

Luna de pasadizos y cristales,  
grandes patios cortados por el Día.  
niños oscuros, tristes y rurales  
mojando en luces frescas sus pupilas.

Hay algo suspendido, es como un viaje.  
Inmóvil vuelo de los ventanales  
sobre la verde espuma del lomaje.  
La transparencia impuso su linaje.  
el sueño se dió en dulces materiales,  
y el mejor profesor es el paisaje.

Julio Barrenechea obtuvo en año 1936 el Premio Municipal de Poesía. Además, ha tenido honrosas actuaciones parlamentarias, llegando hasta ser Vicepresidente de la Cámara de Diputados.

Otro valor que ha producido Cautín es Gerardo Seguel, poeta que nació en Chol-Chol, vecina región a Temuco. Gerardo Seguel empezó a destacar en las aulas del liceo de esta ciudad, en 1922, fecha en que se editaba una revista titulada «Senderos», en la cual el poeta ya publicaba sentidos poemas un tanto influenciados por el acento doloroso que lograba imprimir a su poesía el malogrado y vigoroso Joaquín Cifuentes Sepúlveda. Neruda, por ese tiempo, anunciaba la publicación de «Helios», un libro que, según entendemos, luego cambió de nombre. Era en las prensas de la Federación de Estudiantes: las Ediciones Juventud.

Gerardo Seguel ha escrito: «Hombre de otoño», «Dos campanarios a la orilla del cielo», «Horizonte despierto» y «Continuación del horizonte», en poesía. También ha escrito libros en prosa sobre estudios literarios y pedagogía. Su obra poética revela una sensibilidad aguda de creador adolecido del drama social. Orienta su canto por los caminos de la revolución y explota en ésta una veta que se resiente de cierta superficialidad, como dicha en alguna asamblea política. Su obra primitiva nos demostraba un poeta duradero, de buenos quilates estéticos. Lógicamente, que donde alcanza mayor plenitud es en los poemas que rememoran la lejana tierra natal. Ahí, la voz de Gerardo Seguel adquiere un tono de mayor fuerza y solidez, una estructura lírica más conseguida, un vuelo que se alza por sobre su obra de tendencia. Extraemos un fragmento, citado en otras ocasiones (1) de su poema «Lugar de mi infancia»:

---

(1) «Paisaje y poesía del sur», de Julio Durán. «Atenea», N.º 241. Durán estudia la influencia del paisaje en varios poetas sureños. Participando de sus ideas, nosotros polarizamos nuestro interés en la relación de nacimiento de los poetas de Cautín con su poesía. Por esto, muchas citas pueden ser comunes. Y algunos juicios.—A. G.



«Vecina a las violentas montañas de Malalche;  
bajo las auroras de tan altas espumas,  
que bajan sus mareas por las cuestas mojadas;  
junto a los ríos poderosos y salvajes  
que en las noches profundas de invierno nos asaltan;  
desde las lluvias eternas que arañan los poblados  
o pasan cabalgando en los vientos más altivos,  
desde el vasto corazón que en ellos vive,  
mi vieja infancia me mira fijamente».

Gerardo Seguel es un poeta inquieto y de gran cultura. Ha viajado por varios países. En España, donde estuvo un año, hizo excelentes migas con los poetas de la generación de García Lorca. Es indudable que su provincia espera mucho todavía de este valioso poeta.

Róbinson Saavedra Gómez, nació en Temuco, en 1907. Es un poeta que se ha dedicado a cantar para la infancia. Su verso es límpido y cordial, de asequibles lazos y transparente tersura. Aunque se le dibujan ciertas influencias extrañas, su poesía ha sentado un buen prestigio entre los poetas para niños. No pudiera afirmarse que la tierra sureña hubiera dejado su impronta telúrica en su obra. Es más bien un glosador poético, entregado de lleno a los temas pueriles y con un pronunciado dejo didactista. No obstante, obtiene el Premio Municipal de poesía en 1941 en compañía de Modesto Collados y Mila Oyarzún.

Aldo Torres Púa, entrega su primera obra poética en Pi-trufquén, por el año 1933, «Imágenes Silvestres», fresco y breve tomo de sus inquietudes, aun no cristalizadas en un organizado cauce lírico, pero llenas de la frescura y espontaneidad que da una verdadera vocación. Canta, Torres Púa, la soledad pueblerina, se embebe en el claro paisaje y retrata su rostro en las corrientes aguas de los arroyuelos que circundan el periplo de sus andanzas bucólicas. Hay una suave cantidad de roman-

ticismo en sus poemas de olorosa rosa libre. Dice en «Voces de la tierra»:

«Aquí somos los hijos de esta hembra, la tierra.  
Este es el templo donde las plegarias no existen  
y el árbol no se duele del acero del hacha  
y al hombre no le importa que mueran sus pupilas».

Agrega en «Arroyo»:

«Tiene voz de mujer el agua del arroyo  
que desliza su canto a la orilla del pueblo.  
Los árboles le dan suaves besos de sombra  
y sus pétalos muertos, mariposas frustradas».

Aldo Torres Púa, ha sido fiel a su terrazgo, y le ha dedicado hermosos poemas. «Atenea», ha publicado muestras de su obra inédita que nos hacen pensar que el poeta insiste en motivos de raíz regional. Publicó en 1940, un libro de densidad y duelo en el que inserta rapsodias y elegías, demostratorias de una honda sensibilidad poética, y en las que el autor alza su canto hacia los temas eternos. Se nos aparecen como extraños trozos de vida interna, angustiada y dolorosa, productos de una seria inmersión en el yo pavorido del poeta, que se siente golpeado por la desgracia y aromado por una gracia de mayor poesía.

Esta relación de vasos comunicantes entre la tierra natal y sus poetas se hace mayor y humanizada en el libro «Cauces de la voz», de Francisco Santana, escritor nacido en Temuco, y que logra estampar en ardimiento social la vida campesina mediante acendrados versos de paisaje y dolor. Francisco Santana no sólo se remite a escuchar la vibración telúrica de los árboles y el agua sino que, con angustia por los hombres, se hace eco de la vida miserable de los labriegos de su tierra. Hay en su



poesía una sincera nota de sufrimiento, un clamor de honda poesía rural, vigilando el destino de los habitantes que tienen derecho a mejor suerte. La voz del poeta está empapada de humanidad y trasciende un amoroso vuelo de reconquista de los valores que son haber inalienable de la civilización. Dice en su poema «Ángel del sur»:

«El ángel verde del sur ama el paisaje,  
va tras el germen que perfuma el bosque;  
y corre entre las aguas o escueha las raíces  
por la embriaguez que exalta su pecho agreste.

El ángel verde del sur es alegría.

Pero, ¡ay! ¡del viento que cruza los ranchos!

¡Ay! ¡del puño enzarzado y herido por la pobreza!

¡Ay! ¡del niño sin estrellas! ¡Ay! ¡del corazón campesino!»

Es un poeta que se torna finísimo en la queja penumbrosa de su búsqueda, en el tremolar de sus sales que claman internamente:

«¡Ay, cómo huir de mí cuando estoy solo!  
¿Con qué luz repentina o labio florido  
con qué pluma o junco he de buscarme el alma?  
Vengo desde la sombra como un eco en la muerte  
por la atmósfera que me cubre y me arrastra,  
por la pasión y la embriaguez campesina,  
por el sol tembloroso que cae entre cañaverales».

Francisco Santana, ha ejercido la crítica literaria y sus juicios siempre han sido ponderados y ecuanímenes. Anunciaba un nuevo libro que aun no ha visto la luz pública. Es un estudioso de nuestra literatura y en más de alguna ocasión ha esgrimido el punzón polémico en aras de la verdad y la justicia. Ricardo

Tudela, el poeta mendocino, amén de otros valores de nuestra literatura, se han pronunciado favorablemente por la labor poética de Santana.

Aun cuando Carlos Godoy Silva, nació en Victoria, provincia de Malleco, realizó sus estudios en el Liceo de Temuco, donde se formó intelectualmente. Comandaba en sus tiempos de estudiante una revista llamada «Punto y coma», en compañía de Julio Durán Cerda y Gonzalo Mera. El primero, un buen ensayista y que ejerció la crítica literaria en la «Revista de Educación»; el segundo, cuentista de fina arquitectura. Carlos Godoy Silva es un poeta que todavía permanece inédito en lo más serio de su obra, pero ha dado a la estampa en revistas y periódicos valiosos, poemas que hablan elocuentemente de sus calidades líricas. Su miniatura, «Temuco», es una buena muestra. Como todos los poetas de la región, maneja elementos extraídos del paisaje y su tónica es homóloga en cuanto a cantidades vegetales y acuáticas a la del resto de los vates cautinenses. Dice:

«Temuco austral y puro, tesorero del viento.  
Almanaque y campana con trenes de madera.  
Al sur un río pasa con pájaros y nubes,  
recoleta se extiende su caracol de espumas.

.....

Melodioso en los huertos el viento se organiza  
y en larga orquesta pasa... ¡Temuco austral y puro!  
Cautín—río de espadas—también se va cantando,  
Temuco melodioso, capital de la lluvia.

Otros poetas que han nacido en la región son: Carlos Poblete, Teófilo Cid, Jorge Jobet y Omar Cerda. El primero publicó en 1933 un pequeño tomo de poemas que tituló «Paisaje del sexo», libro que nos reveló un real temperamento poético, sutil captador de extrañas relaciones anímicas y que de haber

persistido en el cultivo de la poesía nos habría deparado excelentes creaciones. Hablamos en pretérito, dado que Carlos Poblete, no ha publicado nada nuevo y ya ha transcurrido una quincena de años desde la publicación de su primer libro. Teófilo Cid, nacido en Temuco, pertenece al ala surrealista de la poesía y es el menos objetivo de nuestros poetas. Su inspiración se sumerge en el transfondo de la subconsciencia, extrayendo sus materiales del más allá de lo cotidiano, en un afán de verificar la expresión de lo onírico y profundo que palpita en el corazón del hombre. Es uno de los capitanes del movimiento surrealista denominado Mandrágora. Su obra poética se ha publicado en su mayor parte en revistas. Publicó un libro de cuentos de extraña factura.

Jorge Jobet, que también se firma Claudio Indo, es un poeta joven que se revela como un lírico de firme vocación. Publicó en Estados Unidos un libro de edición restringida intitulado: «Un hombre apunta su imagen», Omar Cerda, poeta que ha dicho adiós a la poesía en un alejamiento voluntario, fué premiado por la Sociedad de Escritores de Chile. Su libro «Porvenir de diamante», recoge su labor primera y muestra una fina sensibilidad, si bien es cierto que imbuída de la tónica garci-lorquesca que invadió a nuestros jóvenes vates en época no lejana,

\* \* \*

Pudiera hacerse algunos reparos a esta crónica, sin más pretensiones que apuntar a una discriminación geográfica de la poesía. Por ejemplo, el hecho de girar todo su caudal en torno a la provincia de Cautín. Lo cierto es que no ha habido una sujeción estricta a los moldes fronterizos. Y esto, por la sencilla razón de que los factores culturales sobrepasan la estrechez de una división artificial como es la política y se entregan más a una que obedezca a la naturaleza. La ciudad de



Temuco, en este caso, es el centro solar de un gran sistema de pequeñas ciudades y pueblos que confluyen a esta progresista capital con el objeto de satisfacer sus necesidades de consumo, culturales, etc. Se produce un fenómeno natural que no excluye al artístico. Casi todos los poetas analizados sucintamente, han concurrido a establecimientos educacionales de Temuco; los que no, por cualquier otra causa, no han escapado al influjo de sus calles. No se trata de decir que Temuco, en orden a su importancia cultural, forme escritores. No. Hay algo extraño que ha hecho a esta ciudad un vivero de artistas, especialmente poetas, y que bien pudiera atribuirse a la ubicación natural en que existe. Con lo que caemos en el aserto de una influencia poderosa del medio, del paisaje. Región de poesía, en suma.